

Lo cierto es que Fernando era tan responsable y eficaz que un día el director general de *Selecciones...*, señor Bobadilla, y con el beneplácito de los norteamericanos dueños de la revista, mister y mistres Wallace, le propuso un cargo creo recordar que de inspector de la Revista para Europa. El sueldo era espantoso: cuatrocientas mil pesetas mensuales de las de los años sesenta. Hoteles cinco estrellas. Mando. Prestigio. Vuelos en primera. Dietas. Horrible. La familia Quiñones sin fatigas de aquí a la eternidad. Aterrador. Sin horario. Todo el tiempo para la empresa... ¿Y su vocación de escritor? Lo demás ya lo conocéis: Fernando alquiló un traje de torero, llegó a las oficinas con la montera en una mano, la coleta en la otra, reunió a los directivos, puso la coleta sobre la mesa, «Me corto la coleta», le alegró ver el pasmo de quienes tal vez no saben lo que es ser propietario del destino, los abrazó a todos, se fue a su casa y empezó a escribir como un galeote artículos de prensa, cuentos, poemas, conferencias, pregones... Escribió muchos de sus mejores relatos, género en el que ya era un maestro; inventó esa estructura poética que llamamos las *Crónicas*, escribió esa novela espléndida que se llama *La canción del pirata* y nos contó la memoria y las ocurrencias de la puta más admirable de la literatura del siglo XX... Déjenme preguntarme en voz alta: ¿es así de sencillo? ¿Vienen los dioses, te regalan el genio, y ya está? No: Nadia y Fernando y sus dos hijos pasaron años de zozobra. Los dioses no regalan nada a nadie. A los dioses hay que merecerlos. Recuerdo aquellos platos que más que servirnos la merienda parecían pedirnos limosna. Recuerdo la complicidad con que Nana y Fernando ponían una servilletita, con una dulce altanería. Tenemos que saberlo y no olvidarlo nunca: los dioses le regalan genio únicamente a quienes son capaces de redactar diez veces una página y además son capaces de comer con un brazo atado a la espalda. Ése fue Fernando Quiñones. Y por si fuera poco, nunca perdió el humor y nunca perdió su coraje. Pocas semanas antes de su muerte lo llamé por teléfono. Se dio cuenta de que lo había llamado para hacerle terapia. Se dio cuenta también de que lo había llamado para hacerme terapia. Me interrumpió. Me dijo que me tranquilizase. ¡Y me cantó por teléfono tres chirigotas recién compuestas por el talento y la alegría populares de Cádiz! Como si me dijese: Cuando hables de mí, no te olvides de la alegría.

Debo acabar, la Academia Hispanoamericana no me ha abierto sus puertas para que abuse de este privilegio. Quiero acabar contando la etapa en que Fernando, Hispanoamérica y este señor que os habla bebieron juntos el agua conmovedora y reivindicativa del Flamenco. En el año mil novecientos setenta y tres propusimos al Instituto de Cultura Hispánica que nos financiase un viaje por seis países hispanoamericanos para hablar del Flamenco. A nuestra conferencia le pusimos de nombre *Pequeña gran historia del Flamenco*. Las ilustraciones, en vivo. Ambos hablábamos por turno. Fernando cantaba toná, seguiriya, soleá, cantiñas y taranta. A la guitarra, servidor. En el aeropuerto de Puerto Rico nadie nos aguardaba y eran las doce de la noche. Antes de llamar a un taxi que nos llevase a algún hotel salimos a la noche, junto a los aviones dormidos, a ver la Cruz del Sur. Abrí el estuche, me senté en el suelo y afiné la guitarra. Toqué por soleá, Fernando cantó cosa de media hora. Tras el deber cumplido, conseguimos que un taxi nos llevase a un hotel. Había una sola habitación, con dos camas. Fernando se durmió en diez segundos y en seguida empezó a roncar como un saurio. Roncaba, soplabá, silbaba, gruñía, era el hombre orquesta, pero de la era de las cavernas. Para que despertase, yo siseaba, pronunciaba su nombre con iracundia, le mentaba a sus antepasados, le tiraba un zapato, le rezaba a Santa Catalina, que todo me lo concede, dormía un ratito hasta que me despertaba un estruendo pulmonar ocurrido desde el fondo del cosmos. Hacia las cinco de la madrugada me despertó un ruidito insignificante: Fernando se había vestido y había abierto la puerta. ¡Pero dónde vas a estas horas! ¡Al puerto!, respondió con una convicción aterradora. Blasfemé y me dispuse a dormir como un saco. Quiñones se iba ayuno de sueño para que yo durmiera, por fin, sin el acompañamiento de sus ronquidos alucinantes. Horas después me contó el puerto, el mercado, las calles de San Juan, los olores del mar, la muralla, la gente. «San Juan de Puerto Rico...», dijo: «No creo que haya en el mundo otra ciudad que se parezca tanto a Cádiz». No actuamos en San Juan: teníamos previsto hacerlo en la Universidad, pero los estudiantes estaban en huelga. Nos fuimos a apoyar la huelga y más tarde volamos a Caracas.

Perdonadme por relatar apenas nada. Los detalles de aquel viaje, si Santa Catalina me lo concede, un día desborden un libro.

En nuestra conferencia en Caracas nos presentó el entonces Ministro de Cultura Luis Pastori. Nos dijeron que Pastori era el segundo bebedor de whisky de Venezuela. Preguntamos quién era el primero. Respondieron: No lo sabemos. Pero por si acaso existe en Venezuela alguien que beba más whisky, le hemos reservado su sitio; por el momento está vacío... En la desafortunada Hispanoamérica (el adjetivo es propiedad de Borges) uno se queda pasmado ante ríos como el Orinoco, cordilleras interminables como la de los Andes, provincias como Buenos Aires, cuya superficie es casi la que tiene España, incluidos Cataluña y el País Vasco, voces inusitadas como la de Mercedes Sosa, la Negra Sosa, una voz que es a la vez esbeltísima y preñada, bebedores de whisky rotundos como Luis Pastori... En Caracas se nos unió Nadia Consolani, con quien volamos hasta Bogotá. [Un paréntesis sobre Nadia: se sentaba en primera fila, a escuchar una vez y otra la misma conferencia. Esa fidelidad nos perturbaba. Al final acabamos echándola a empujones y dándole dinero para que se fuese de compras. ¡Compréndanlo: teníamos que concentrarnos, teníamos que triunfar!]

¡En Bogotá triunfamos! Nada más llegar al hotel Tequendama yo me encerré en mi habitación a tocar la guitarra un par de horas, y Fernando salió a vagabundear, sin hacer caso de los consejos de los ángeles del hotel. A la mañana siguiente a Fernando lo había apesadado el muermo, el soroche, la cosa esa siniestra de la altura. «Hoy no voy a poder cantar...» Le busqué hojas de coca y toda la mañana estuvo masticando y diciendo que no podía cantar. ¿Un Fernando Quiñones que no puede cantar? Le llené la boca de hojas de coca, con el puño. Hacia las ocho y media de la tarde cantó la soleá grande de Triana, Se jundió la Babilonia; pegó un grito aterrador, prelógico, absoluto. Aquello era *el* grito. Nunca había cantado así, ni así volvió a cantar jamás. Por las paredes de la sala las alimañas de la muerte huyeron con sus siglos despavoridos. Sobrecogido, dejé de tocar y lo miré: la infancia entera del Flamenco le nadaba en la lengua. El grito y el milagro hablaban con la misma gramática. Sólo pude pronunciar dos palabras: ¡Pero Fernando...! Volví a tocar, volví a darle a Fernando compás y cobertura. Supe, con gratitud y con resignación, que nunca volvería a escuchar el desmoronamiento de Babilonia de aquel modo espantoso. Poco después volamos al Perú.

En Lima, en Arequipa, en El Cuzco, créanme, triunfamos. Como poetas, como flamencos, como intrépidos bebedores de pisco sawer y comedores de cebiche, triunfamos. Hicimos programas de televisión, la gente nos reconocía: ¡Mira, los españoles! En Arequipa, durante la actuación, vimos al fondo de la sala unos cuantos rostros andinos con lágrimas en las mejillas. Cuando lo comentamos con Cornejo Polar, él aclaró que el asunto era de mucho rango: aquellos cinco o seis enlagrimados no habían entendido nada de nuestra conferencia, ni las letras de las coplas, «Sólo hablan quechua», dijo, de manera que nuestra música flamenca charlaba con la bravura emocionante de aquellos peruanos que llevaban cinco siglos sin aprender el idioma español. Cuando alguien haga un mohín contra el Flamenco decídle de mi parte que vaya a La Caleta, se hinque de rodillas y le pida perdón a Fernando Quiñones... Dos apuntes no más de aquellas dos semanas en Perú. Primero: volando de Lima a Arequipa en un avioncito bimotor de diez o doce plazas, durante los pocos segundos que dura un bache de aire, vimos cómo los vasos, los platitos y las bandejas flotaban en el aire. Recuerdo la mirada de Nadia cuando los tres resucitamos: en sus ojos se disputaban el mando las oraciones, las blasfemias y una gota de luz que nos salvó la vida. Los baches de por aquí son un juguete. Un buen bache como Dios manda, como en los Andes, en ninguna parte... Y segundo: habíamos programado algunas conferencias en Chile, pero cuando iniciamos nuestro viaje hispanoamericano, Pinochet ya había bombardeado el Palacio de la Moneda e iniciado la tortura, la matanza, el horror. Nuestros amigos peruanos, Belli, Cisneros, Aguilar, Corcuera... nos convencieron de que era más que peligroso intentar entrar en Santiago. En cualquier caso, se negaron a gestionarnos el visado, de modo que volamos de Lima a Buenos Aires, con escala técnica en Santiago.

Cuando el avión apagó motores en una pista del aeropuerto de Santiago vimos por la ventanilla soldados con un walki-talkie en una mano y un fusil en la otra. Sólo dejaron descender a quienes se quedaban en la capital de Chile. Pasados quince o veinte minutos, Fernando se levantó de su asiento, bajó por la escalerilla, indicando por señas a los militares que sólo quería estirar las piernas, y se fue aproximando al final de la pista hasta el lugar en que había

tierra, tierra atormentada, tierra chilena del año mil novecientos setenta y tres. Un soldado gritó y hasta chilló y se llevó el fusil al hombro. Corrí hacia el soldado señalando con un dedo a Fernando y tocándome la sien con un dedo de la otra mano. Me apuntó a mí con el fusil, pero no disparó. Le dije que ese hombre estaba loco, que estaba mal de la cabeza, que no regía... que no se preocupara, porque yo mismo iba a llevarlo al avión...; el soldado estaba perplejo al ver cómo su autoridad no había alcanzado a matarnos a tiros, aquel pobre animal no comprendía cómo habíamos salvado la vida teniendo él un fusil primoroso... y cuando miramos hacia el inconcebible desobediente, Fernando caminaba tranquilo hacia la escalerilla. Fui alejándome de la bestia perpleja, despacio, con prudencia, subí la escalerilla, me senté al lado de Fernando, resollé. Me enseñó su pañuelo, convertido en una bolsita, con tres o cuatro nudos bajo los cuales lloraba y sonreía un puñadito de tierra hispanoamericana.

Acabemos, Fernando, hermano. Ya era de noche cuando aterrizamos en el aeropuerto de Ezeiza. Nos aguardaba nuestra gente. José Carlos Gallardo, el enamorado eterno, entonces encargado de relaciones culturales hispanoargentinas en la Embajada de España en Buenos Aires. Toda la gente de *El Escarabajo de Oro*, con Abelardo Castillo al frente, el enorme escritor de risa cavernosa y ternura ecuménica censurada por el pudor. Paco Urondo, por entonces Rector de la Universidad, comandante de la guerrilla montonera. (Yo solía discutir con Paco Urondo por aquella actividad guerrillera insensata. Era inútil: Urondo sonreía a la orilla del sacrificio). Nos distribuimos en los coches. Yo me subí al de Urondo, quien me dijo que Fernando le acababa de regalar un pañuelo con algo dentro. Le aclaré que era tierra de Chile y que, para conseguirla, Fernando estuvo a punto de que lo mataran a tiros... Luego pasamos dos semanas en Buenos Aires, hicimos flamenco, recitamos poemas, fuimos dichosos con nuestros amigos, ¡tantos amigos! Pero la narración de todo esto se puede postergar. Ahora y aquí ya sólo importa aquel puñadito de tierra que ha desaparecido para siempre.

A Paco Urondo lo mataron cuando Videla. Rodearon su coche. Le encontraron después en su cadáver sesenta agujeros de bala. Confiamos en que hubiese mordido la pastilla de cianuro antes de

recibir los disparos. ¿Dónde estará aquella bolsita de tierra? Como un año antes de que Fernando nos dejase y tras un estreno en el teatro La Abadía, charlé con él sobre aquellos tiempos horribles de nuestra amada Hispanoamérica. Conjeturamos que aquella tierrecita ya no estaba en ninguna parte. Años después, ustedes, hoy, ahora, aguardan que este nuevo académico acabe de relatar aquel tiempo de juventud y de entusiasmo, aquellos alfileres de dolor por nuestra Hispanoamérica, siempre tan perseguida por un presente despiadado y un futuro ilegible. ¿Cómo acabar? ¿Cómo juntar en unas líneas nuestra nostalgia y nuestra admiración por Fernando Quiñones, nuestro amor por Hispanoamérica, mi reconocimiento por este honor que me habéis hecho acoguéndome entre vosotros? Hace poco, releyendo algunos relatos de Fernando, y como en medio de una revelación, encontré la respuesta. Pedí a mi hermano Julio que me acercase en su coche al Cementerio Municipal de Tomelloso. Dejamos unas flores en lo alto de una lápida. Me incliné y, con las uñas, le arranqué a la tierra un puñado de tierra. Hagan ustedes con ella lo que les dicte su respeto: regálensela a Nadia, consérvenga en cualquier lugar de esta Casa o déngela caer sobre la arena sigilosa de La Caleta... lo que ustedes dispongan. Es una buena tierra. Procede de al lado de la tumba donde reposan mis tres hermanos muertos, y mi padre, y mi madre. No tengo nada mejor que esto para daros las gracias ©